

que fué sin duda concedido por la Majestad del Sr. D. Carlos V, sin saberse de positivo en qué año hizo esta gracia, aunque me inclino á creer que fué en el año de 1593 cuando les vino á los de Tzintzuntzan la gracia de título de ciudad, y que por su natural desidia de estos indios y por prestarlos ó por haberlos manifestado en los renidos pleitos que han tenido que ventilar desde el año de 1540 hasta el dicho de 93, no parece el título especial de esta merced de armas que traen en su pendon; siendo así que, entretanto, se contentarian con tener el traslado auténtico de las propias armas de la ciudad de Michoacan, vindicando á cada paso su derecho, y reclamando sobre su pretendida usurpacion, hasta que en este ú en otro tiempo, que ignoramos por falta de instrumentos claros y evidentes, usarian del pendon que hoy usan en los casos necesarios.

El escudo está partido en tres cuarterones: en el de arriba están tres reyes tarascos, pintados en pié (hasta más abajo de la cintura), vestidos con sus reales vestiduras, cuyos apellidos son el rey Sinsicha, último gran Caltzontzi, con el cetro en la mano izquierda: al lado derecho está el rey Chiguacua, con un arco en la mano derecha y el cetro en la izquierda; y al lado izquierdo está el rey Chiguanguca, teniendo una flor en la mano derecha y el cetro en la izquierda. No tenemos

razon alguna en los fastos tarascos de los reyes Chiguacua y Chiguanguca; solamente es cierta la memoria que hay del rey Sinsicha, que era el último gran Caltzontzi, quien entregó sus dominios al César. En uno de los dos cuarterones que terminan el escudo, el derecho significa el triunfo de las armas españolas, y están divisados los bustos de otros tres Caciques ó reyezuelos, feudatarios del gran Caltzontzi: en el lado izquierdo se ve el gran Caltzontzi Sinsicha Tangajuan, ceñida su cabeza con la corona, y el cuerpo con la púrpura y armiño real, en ademan de persuadir á sus vasallos á que admitan la fe, presentándoles un Crucifijo que tiene en la mano derecha, y en el de manifestar su poder, teniendo en su mano izquierda, inclinada, la hoja de su espada sobre sus cabezas. La orla de su escudo está floreada de azul, encarnado y oro: lleva la corona imperial, y en ambos lados se ven el sol y la luna, con dos estandartes apareados. El rótulo de abajo dice: ARMAS DEL SEÑORÍO DE LA CIUDAD DE TZINTZUNTZAN.

En este mismo año de 1553 pone el historiador Herrera la fundacion de hospitalés en las Indias (*), y en especial la del Hospital Real de Naturales de la ciudad de México; pero se debe

(*) Herrera, Década VIII, libro noveno, cap. VI, folio 379, mibi.

tener siempre presente, que por la suma distancia que hay de la Corte á estos reinos, á lo ménos se pasaba un año ántes de la recepcion y ejecucion de las reales providencias en los territorios de la América. Conque las Cédulas Reales arriba citadas no tuvieron su cumplimiento en estas partes sino cuando llegó el Sr. D. Vasco á su obispado, y cuando llegó á las manos del excelentísimo señor Virey, quien, con la mayor eficacia, cumplió con las órdenes del soberano. En cuanto al punto de hospitales, no hay que dudar que el ilustrísimo Sr. D. Vasco de Quiroga seria el agente más eficaz para insinuar, á los piés del trono, la importancia de semejantes establecimientos en toda la Nueva España para la mejor enseñanza de los naturales en las máximas de nuestra santa fe, al paso que se consultaba su mayor alivio en sus miserias y enfermedades; y así, inclinado el Rey á dar á estos reinos el mayor esplendor con el establecimiento de las escuelas en la capital, dió la última mano á la perfeccion de su policia, mandando que se fundasen é hiciesen hospitales en todas las partes de las Indias, y para esto se envió en este año una orden general con esta expresion: «Que siendo conveniente en las fundaciones nuevas de pueblos señalar luego sitio y lugar para la Casa Real de Consejo, Cabildo, aduana y atarazana junto al mismo tem-

plo y puerto, de manera que en tiempo de necesidad se pudiesen favorecer unas y otras, no lo era ménos establecer el hospital para pobres enfermos (como no fuesen tocados del mal contagioso) junto á la iglesia, en su cementerio, disponiendo para la curacion de enfermedades contagiosas la eleccion de sitio apartado de la poblacion y en el terreno más elevado y acomodado, como se ve en los lazaretos, donde hay proporcion para la mejor ventilacion y demás precauciones que dictan la experiencia, prudencia y policia.»

Año de 1554.—Vinose á fundar el Hospital Real de indios en la ciudad de México por el año de 1554, en virtud de Cédula Real, mandando S. M. que en la ciudad de México se fabricase un hospital adonde fuesen curados los indios pobres que allí ocurrian, y por el servicio que en ello á Dios se hacia; y como dejaba al arbitrio del Virey Don Luis de Velasco la eleccion del sitio adonde se debia *edificar* el dicho citado hospital (con orden que en la obra se gastasen dos mil pesos de oro, de penas de cámara, y si no los habia se pagasen de la Real Hacienda, y cuatrocientos pesos cada año para su manutencion, entretanto se proveia lo demás que fuese necesario), se fabricó en el barrio de San Juan, y con el tiempo se ha ido mejorando de rentas, y reedificando hasta llegar á la forma que tiene en el

dia y corresponde á la magnífica piedad de los Reyes Católicos.

Miéntas se trataba de dar cumplimiento á estas bellas providencias, continuaban las irrupciones de los bárbaros chichimecas en las poblaciones limítrofes del reino de Michoacan, y aun llegaba el atrevimiento de estas naciones, hasta las fronteras de las provincias de Jilotepec, y aun se dejaban ver partidas de bárbaros en las cercanías de la capital de México en distancia de quince leguas, como lo expresan los padres del primer Concilio Mexicano, que se celebró el año siguiente de 1555, en los monumentos y fragmentos que están de este Concilio en el archivo de la santa iglesia de México. A estas continuas hostilidades, que embarazaban tanto el ministerio apostólico de los primitivos padres de la Custodia de Michoacan, se debe asignar más que probablemente la causa de la escasez de instrumentos que padece esta Provincia para poder saber los sucesos acaecidos en los conventos del reino de Michoacan; pero por no omitir cosa alguna, referiré algunos acontecidos en el reino de Jalisco, cuya memoria nos ha trasmitido el R. P. Tello en su Crónica manuscrita, con competente diligencia, por tener relacion con las cosas de la Custodia que comprendia ambos reinos de Michoacan y Jalisco,

Aunque estaba pacificada la Nueva Galicia, quedaban algunas centellas de alzamientos que apagar en las costas del Sur, y, como hemos visto, fué promovido para guardian del convento de Aguacatlan el V. P. Fr. Francisco de San Lorenzo, quien lo reedificó, teniendo por su individuo y fiel compañero en sus peregrinaciones á Fr. Miguel de Estivales. Redujeron estos insignes operarios á vida sociable y cristiana á los indios alzados de toda la comarca; y para afirmarlos en la fe y obediencia al soberano, trataron, ante todas cosas, de poner escuela de doctrina en Aguacatlan, conforme á la costumbre que todos los religiosos han tenido en la conversion de aquellos gentiles.

Habiéndose de allí á poco alzado los indios moradores de Aguacatlan, y remontado por las serranías inmediatas, no perdió el ánimo este celoso ministro, y dijo á su compañero, que se serviria mucho á nuestro Señor, que para el bien de estas ovejas errantes entrasen á sembrar su divina palabra por aquellas asperisimas sierras adonde se habian remontado. Costóles ingente trabajo persuadir á estos bárbaros la conveniencia que les resultaria si se volviesen á su pueblo á vivir como gentes y no como brutos; pero al fin triunfó su invicta paciencia de la indómita propension que tenian aquellos naturales á vagar,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, N. L.

llevando una vida brutalísima. Consiguieron estos fervorosos apóstoles congregar diez y seis pueblos de paz; y despues de haberles edificado sus respectivas iglesias, se volvieron á Aguacatlan, provincia poblada de indios bárbaros, y la gente más cruel y feroz que se conocia en toda la tierra. Congrególe este venerable varon en cinco pueblos, en los que fundaron iglesias, y puso Doctrina. Concluida esta grande obra, descansaron estos religiosos algunos dias en su convento de Aguacatlan, y despues se encaminaron para las poblaciones de unos indios bárbaros, llamados tejoquines, que son de la tierra de Ostotiepac, donde derribaron un ídolo del sol; y aunque los indios á su llegada se habian huido, volvieron, diciendo que por temor de los españoles se habian escondido, por ser gente codiciosa que los maltrataba por sacarles oro y plata. Con el buen modo de los padres se redujeron, bautizándose todos, y se congregaron en un pueblo que hoy es el de Ostotiepac. Se les formó una iglesia en honor del apóstol Santiago, y el P. Fr. Francisco les dió una imágen del mismo santo, asegurándoles que los vendrian á visitar religiosos para radicarlos en la doctrina cristiana. De aquí pasaron ambos misioneros á otro pueblo de la misma lengua; y habiéndoles predicado por el discurso de bastantes dias que estuvieron con

ellos, los bautizaron, y edificaron una iglesia con el título del arcángel San Miguel, dándoles, como lo acostumbraban en sus tareas apostólicas, una imágen de este santo.

Plantaron la fe en otros cinco pueblos comarcanos, dejando iglesias fabricadas, y escuelas para su instruccion. Se regresaron al fin estos ministros al convento de Aguacatlan, de donde al cabo de algunas semanas se determinaron á visitar la provincia de este nombre, porque les dijeron que un indio poderoso, valiente, y grande enemigo del nombre de Jesucristo, acompañado de muchos bárbaros, estaba en ánimo de quitarles las vidas. En efecto, el indio vino con su cuadrilla, y no hallando á los frailes ni á los indios cristianos, quemaron cinco á seis pueblos y sus escuelas, adonde los religiosos enseñaban la doctrina cristiana á los indios, y mataron seis niños que habian quedado para guarda de las escuelas. Mucho sintió el padre Fr. Francisco de San Lorenzo esta desgracia, pero pasado algun tiempo se volvió al mismo pueblo de Aguacatlan, y con gran mansedumbre congregó otra vez los indios de los pueblos destruidos, reedificó sus iglesias y escuelas y asentó de nuevo las cosas de la fe.

Pareciéndoles ya á estos incansables operarios que estaban bien sosegados y contentos con la doctrina de sus ministros los indios de todo el

Valle de Aguacatlan, determinaron pasar á la provincia que llaman de los Frailes (porque los indios, como se ha apuntado arriba, traían coronas abiertas á manera de los frailes), pero ántes de entrar en ella, aportaron al Valle de Banderas; y porque supieron que los españoles tenían muchos naturales de aquel valle ocupados en la labranza y cultivo de los cacahuatales, y no gustaban de su venida porque no los juntasen en aquel valle, no quisieron detenerse en él, y más cuando oyeron las quejas de algunos indios, que por huir de las vejaciones de sus encomenderos se habían quedado en la falda de la sierra; resolvieron predicarles la palabra de Dios, y consiguieron juntarlos en siete pueblos, les formaron sus iglesias, y despues de haberse detenido un poco de tiempo para doctrinarlos, bautizaron á muchos de ellos, y pasaron á la provincia de los Frailes. A su llegada se aposentaron en el templo del Sol, que era el santocale más principal que tenían estos indios. El bendito padre Fr. Francisco de San Lorenzo, como vió en estos gentiles tan linda disposicion para admitir nuestra santa fe, les habló con mucha suavidad, declarándoles la causa de su venida á su tierra, y léjos de resistir á sus santas persuasiones, respondieron « que se holgaban mucho de su llegada, y que no tendrían repugnancia en ser cristianos; pero

que había de ser con la condicion, que no entrase español alguno en sus territorios. » Le costó poco al padre asegurarles que así haría, porque todavía, por la mucha distancia y los peligros de los caminos, pocos españoles penetraban por estas tierras, donde no había noticia de haber en ellas minas, riquezas ú otros alicientes de esta naturaleza, y así el padre Fr. Francisco, con su compañero, les dió traza para fabricar en su pueblo principal una iglesia competente, y en el valle, donde esta gente estaba rancheada, fundaron seis pueblitos con sus iglesias y doctrinas, y alrededor de la cabecera formaron otros seis pueblos, dando al principal pueblo una imagen de San Antonio, y también á los once restantes asignaron títulos, dándoles sus imágenes, porque siempre iban proveídos de ellas por medio de los bienhechores, que sabían el buen uso que hacían de ellas estos venerables para el aumento de la conversion.

Prosiguieron su jornada apostólica encaminándose hácia otro valle circunvecino, bien poblado de unos indios llamados coronados, que por traer coronas más parecidas á las nuestras, se llamaban así, y tal vez por la semejanza de esta y otras costumbres con sus trajes eran amigos de los indios frailes. El primer pueblo que catequizaron, fué el de Chacala, y despues de haber

andado toda aquella tierra, redujeron diez y ocho poblaciones á la fe de Jesucristo, y vinieron á parar en una ranchería grande, que tenia voz de pueblo, llamada Mojicotlan, donde los indios tenían guardados todos los ídolos de su tierra, y acudian á ese paraje á hacer sus ritos, mitotes y sacrificios abominables. Los padres se aposentaron en el templo del Sol, y á su persuasion quemaron los indios todos los ídolos, de que se sintieron unos cuantos de ellos asidos á su idolatria, que no dejaron salir á los religiosos de allí, como lo pretendian, y los amenazaron, que los habian de matar. Entónces se encomendaron á Dios muy de veras, y cogiendo el padre Fr. Francisco su santo Cristo, lo puso en tierra, y hincados de rodillas uno y otro padre, se prepararon para el martirio, pidiendo al Señor les diese esfuerzo para morir en tan santa demanda, y al mismo tiempo empeñándose con fervorosos ruegos para que se convirtiesen aquellas almas redimidas con su preciosísima Sangre. Ya estaban esperando que los bárbaros los matasen, pues habian alzado su horrible alarido, diciendo: mueran, mueran los enemigos de nuestros dioses, y estaban en ademán de dispararles sus flechas; pero Dios, que suele tocar los corazones, mudó los de aquellos bárbaros de tal modo, que en vez de disparar sus flechas, dejaron caer los arcos de las manos, y

se sentaron en tierra de cuclillas, señal de paz entre estos bárbaros, y se mostraron más mansos que unos corderos. Entónces el venerable padre Fr. Francisco se aprovechó de esta ocasion para hacer una plática suave y eficaz, proponiéndoles las ventajas de la doctrina Evangélica, para desterrar de sus ánimos la barbarie de su idolatria. Recibieron con gusto estos neófitos la palabra de Dios; y fué tanto el fruto que se sacó en esta viña inculca, que hubo de conferir el padre Fr. Lorenzo el santo bautismo á millares de estos indios, quienes agradecidos de la enseñanza de este ministro apostólico, le dijeron, que se holgarian mucho, que los religiosos estuviesen con ellos y los visitasen, pero que no querian que viniesen con ellos españoles; y se disculparon sobre la intencion que habian tenido de matarle y á su compañero, porque se recelaban que habian de venir tras de ellos los españoles. Los que saben los excesos que cometian con estos pobres infelices muchos de los primeros conquistadores y encomenderos, no extrañarán estas proposiciones de parte de unos bárbaros que estaban acostumbrados á vivir sin sujecion, y vivian pasando mil trabajos y vagueando por los montes con el único fin de darle toda la rienda á su brutalidad, recelosos de perder su libertad. Llegó el tiempo que quisiesen salir de esta provincia los padres, y los

indios les rogaron que se quedasen con ellos; pero agradeciéndoles su buena voluntad, les exhortaron á la perseverancia en el cultivo y buena doctrina que les habian dado, asegurándoles que harian lo posible para que se les enviasen ministros, y que por entónces era imposible estarse más en su tierra, porque habia mucho tiempo que andaban fuera de su convento, y que era fuerza acudir á todo: y con esto se volvieron poco á poco para el pueblo de Aguacatlan.

Fué indecible y grande el regocijo que tuvieron los pobres religiosos del convento de Aguacatlan, cuando volvieron á ver á su santo fundador, y en especial el venerable padre Fr. Antonio de Segovia, custodio que era entónces de la Custodia de Michoacan y Jalisco, porque los juzgaban muertos á manos de los bárbaros. Fueron recibidos con el amor y caridad que se deja entender, pero el prelado, valiéndose de su autoridad, mandó al padre Fr. Francisco de San Lorenzo no volviese más á tierras tan remotas, en que habia tardado como unos tres meses. Obedeció el padre Fr. Lorenzo, y despues de un breve tiempo de descanso, impetrada su licencia, dió vuelta por otras provincias cercanas, siempre acompañado de Fr. Miguel de Estivales, y llegaron á los pueblos de Amojocotlan, donde fueron recibidos de aquellos indios con grandes demos-

traciones de júbilo y contento. Usaban los indios de aquellos contornos de Amojocotlan traer barbas postizas, hechas de oro y plata ó cobre, que se prendian con unos clavitos algo larguitos, que tenian una cabezuela, y poníanse dos órdenes de ellas en el contorno de la boca. Mandóles el santo Fr. Francisco que se quitasen estas barbas, y era tanta la veneracion que le profesaban, que sin dilacion se las quitaron, y del oro, plata y cobre de ellas, se fundieron 17 campanas para las 17 iglesias que el siervo de Dios les habia fabricado á su primera entrada en sus tierras: á más de eso, hizo traer á su presencia varios ídolos que tenian aún escondidos, y los echó al fuego. Fué mucho el fruto de su celo é instruccion en todos estos pueblos, valiéndose en esta conquista espiritual no de tanta rapidez como achacan algunos á las conversiones practicadas por los primitivos padres de esta Iglesia americana, sino de toda la madurez que era susceptible la índole de aquellos gentiles. Bautizaba luego á los niños; pero en orden á los adultos, los catequizaba y enseñaba primero lo mas sustancial de las máximas de la doctrina cristiana, y hallándolos competentemente instruidos, les conferia el santo bautismo, y les dejaba escuelas en sus pueblos para radicarlos en la fe de nuestro Señor Jesucristo, cuidando que acudiesen á esta santa obra varios religiosos de los

conventos cercanos ya fundados, como coadjutores del celo verdaderamente apostólico. Esto mismo practicaron estos dos misioneros en Cacalutla, regresándose para su convento de Aguacatlan, bautizando infinitos niños y 400 adultos, y más adelante pasando por los pueblos de los Tejoquines; y porque habian sabido que algunos sacerdotes de los ídolos se habian refugiado en los montes, donde habian formado un santocale para idolatrar sin embarazo, y presumiendo que podian sus abominables sacrificios contagiar á los recién convertidos, fué á este inmundo templo el padre Fr. Miguel de Estivales, por mandado de su santo compañero Fr. Francisco Lorenzo, y encontró á esos sacerdotes diabólicos en actual idolatría: púsose á la puerta de su adoratorio, é invocando el nombre del Señor, les mandó salir fuera, y conforme iban saliendo, uno á uno les fué atando las manos; y estando en esta ejecucion enojosa, uno de aquellos indios le dijo que era cristiano y que se llamaba Juan, representando al padre que solo habia llegado allí para llevar de comer á los sacerdotes del templo: atendió el padre á su representacion, y en vez de atarle como á los demas, le mandó le ayudase á asegurar á los bárbaros idólatras que quedaban, como lo estaba haciendo. De esta manera los bajó á los llanos y los llevó á la presencia de su guardian

y de la comunidad. Dieron gracias á Dios los religiosos por el acierto de esta santa empresa, y hicieron conducir á los indios al convento de Aguacatlan, adonde les fueron enseñando los misterios de nuestra santa fe por una larga temporada, y despues los enviaron á sus pueblos, encargándoles mucho el cuidado de las escuelas de los mancebitos, y que cada día recogiesen á los niños en la iglesia para enseñarles con particular cuidado la doctrina cristiana, conforme se las habian enseñado, pues era preciso que por haber sido ministros del demonio, tratasen de desagaviar á Dios, siendo ministros de su santa ley, y mirasen por su salvacion ya que habian hecho tantos méritos para atraerse su eterna condenacion. Retiráronse los dos venerables misioneros á su convento de Aguacatlan, y como la obediencia envió al padre Fr. Miguel de Estivales á otro convento, escogió el padre Fr. Francisco de San Lorenzo otro compañero, llamado Fr. Juan, y habiendo hecho entrada en esas mismas tierras, vinieron, en fin, á padecer glorioso martirio en el mismo pueblo de Cacalutla, segun el cómputo más probable, á fines de este año de 1554. Se verán por extenso todas las circunstancias del martirio de estos dos venerables, cuando se describa la vida admirable del santo Fr. Francisco de San Lorenzo.